# VERDAD, Y SANTIDAD
## DE NUESTRA CHRISTIANA RELIGION.

# SERMON
## DOGMATICO-MORAL

QUE EN EL DIA DE LA EPIFANIA

SEIS DE ENERO DE 1798

DIXO

EN LA STA METROPOLITANA IGLESIA

DE SEVILLA

*EL R. P. Fr. PEDRO JOSEPH Ximenez, Lector Jubilado en Sagrada Teología, del Primitivo y Celestial Orden de la Santísima Trinidad.*

EN SEVILLA:

En la Imptenta de los Sres Hijos de Hidalgo, y Gonzalez de la Bonilla.

# ADVERTENCIAS.

Un Señor Canónigo de dicha Santa Iglesia habiendo oido el Sermon, y teniéndolo por conveniente y utilísimo en estos tiempos, para bien y utilidad de los fieles, detérmiuó darlo á luz, costeando la impresion, y dexando su producto en beneficio, y utilidad del Orador.

Se dispuso la impresion en octavo para que fuese fácil la conducion por el Correo.

El Orador hace presente no haber tenido mas tiempo para hablar que el preciso de media hora por ser tal el establecimiento de este Illmo. Cabildo.

*Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.* Mat. 2. 2.

UN Astro de menor antigüedad, duracion, y extension que los del firmamento; de inferior materia á los del cielo; morador de menos noble region, vario en sus operaciones; pero mas esclarecido que los demas en la emision de sus rayos perceptibles aun en medio del dia: un Astro que no es el Divino y Santo Espíritu, tampoco ninguno de los buenos Angeles, ni menos determina con necesidad las operaciones de nuestro reciente hermano Jesus, como erroneamente sienten los Pricilianistas; es si formado por ministerio de los Angeles en la noche del nacimiento de nuestro amabilísimo y divino Redentor; este, luciendo en la Arabia, parte Oriental de la Judea, llama á sí la atencion de unos hombres sabios, que extrañan la novedad de un fenómeno singular en todo, á los que por aquel

aquel órden habia formado, podia formar la naturaleza. Teniendo presente la profecia de Balaam su ascendiente, ó sabedores de este portento por una de sus Sybilas, vienen en conocimiento de la verdad y exîstencia de un Rey grande, mas esclarecido, mas ilustre, de superior gerarquia á todos los otros; ya por esto, ya porque mediante una revelacion interna se les hace notorio ser el reciennacido Rey Supremo, y natural tanto de Israel, como de las gentes ; Rey y Señor de nuestros cuerpos, mas principalmente de nuestras almas; ser, como Dios, Rey Supremo é inmortal de todos los siglos, á quien es consiguiente se deba todo honor, veneracion y culto. Apenas, amados hermanos, é hijos mios en Jesu-Christo , apenas se les ha hecho esto manifiesto , se disponen con la mayor aceleracion, y vienen efectivamente de lexos tierras á reverenciarlo, y tributarle dones. Hallan salido de un mismo lugar, ó de diversas regiones, siguien-

do la guia que con la emision de sus rayos los trae á Jerusalen, entran juntos en esta Ciudad, preguntando por el recienacido Rey cuya estrella han visto, y cuya persona quieren adorar. *Vidimus stellam ejus, et venimus adorare eum* (1).

Illmo. Señor: en lo que hasta ahora he referido, como en lo restante de la narracion del Señor San Mateo son mas que muchas las verdades que se nos predican; tambien los diversos misterios que hoy celebra nuestra Madre la Iglesia, son tiernos, afectuosísimos, y llenos de instruccion. Es imposible que aquellas se declaren, y esta se manifieste en un discurso breve; por lo mismo yo solo digo, que la conducta de estos hombres sabios, tambien justos, condena el proceder de los sabios en que abunda nuestro desgraciado tiempo, no menos reprehende la relaxácion de los que profesamos el Santo Evangelio. Ellos vista la estrella creen con docilidad quanto por Dios se les inspira á cerca del

sugeto que anuncia, y no contentos con la fé interior manifiestan con sus obras la veracidad de su adjeccion. Esta crebilidad pronta y fecunda, es sin duda un argumento insuperable contra la soberbía y arrogancia de los irreligionarios, contra la relaxâcion, y depravacion de los christianos. ¡Ah! ¡Que desgracia tan lamentable la de los unos, como la de los otros! ¿Quien me daria á mi poder subvenir á tan universal y funesto mas? Lo desea con la mas santa ansia mi alma, y conseguirá el desengaño, ó la inexcusasion de todos en el dia de la manifestacion de nuestro dulcísimo Redentor Jesu-Christo, hablando primero á cerca de la verdad de nuestra Religion, despues á cerca de su santidad. Esta Religion sagrada es el medio por donde el Señor se ha dignado manifestarnos querer ser adorado en espíritu y verdad; que es lo que celebramos hoy haber practicado en Bethel de Judá los sabios y virtuosos Reyes.

Se-

Señor, y Dios mio misericordiosísimo: Vos podeis hacer mas eficaz la palabra de vuestro siervo é indigno Ministro, que lo fue la estrella, como admiraron los hombres la novedad de aquel acaecimiento, se sorprehenderán sin duda si oyen hablar con ciencia edificante á un ignorante; en este caso si vuestra divina gracia obra de aquel fuerte y suave modo que puede en el corazon de mis oyentes se seguirá el mas santo fruto á nuestra ocupasion; lo deseo así, Señor, á vuestra mayor honra y gloria, para el bien de mis hermanos. Concedme pues, Dios mio, esta misericordia, y sea por la intercesion de vuestra divina Madre, que es juntamente amorosísima Madre de nuestras almas, á quien jamas nos cansamos de alabar diciendole

DIOS TE SALVE MARIA &c.

Quan-

*Vidimus stellam ejus in oriente, et venimus adorare eum.* Mat. 2. 2.

## PRIMERA PARTE.

QUando prometi hablar á cerca de la verdad de nuestra Religion fue con intento de manifestar ser la unica en que pueda Dios ser adorado con aceptacion, y agrado suyo. Establescamos para proceder con órden la verdad de alguna otra proposicion. Hay un solo Sér de infinita dignidad y perfecion; un Sér grande sin medida; sabio sin error; justo sin tirania; misericordioso sin aceptacion; amoroso sin pasion, y sin fatiga providente. Todo esto, lo conoce la razon, lo atestigan las criaturas, y lo confiesa muda la naturaleza. Supuesto pues que hay Dios, seria un sacrilegio el mas horrendo negarnos á adorarlo. Todos los seres con su obediencia lo reverencian; esto me dice que el Señor se complació en

el

el principio infundiendo á toda criatura viviente su veneracion. Y ¿solo renunciaria este homenage del hombre? aun en esta absurda hipotesi el hombre debe adorar á Dios; si, todo el hombre, su cuerpo, como su alma. ¿De que modo? ¡Ah que misterio tan profundo! ¡Que obscuras son las luces de nuestro entender, y quan escaza es nuestra ciencia para establecer, y ordenar esta Ley sagrada! No obstante, algo me dice acorde con la de todos mi razon. La adoracion no admite modos esencialmente opuestos, y con contradicion distintos; un solo Dios es argumento irresistible que demuestra la simplicidad de la Religion. Pero; aun estamos en duda. Porque esta no puede ser qualquiera; del mismo modo, no esta en nuestra mano determinar la que hayamos de seguir, sino es que en la mas ardua negociacion nos expongamos con certeza á la mas lamentable decepcion, sino es que la ofuscacion de nuestro entender

suponga á un Dios justo, y misericordioso, negligente, y moroso en la revelacion de su culto y adoracion; de un culto, y adoracion que, si se lo usurpamos en la sustancia, ó se lo profanamos en el modo habrá con atrosísimas penas de castigarnos. Hanos pues de hablar Dios; y efectivamente nos ha hablado.

Primeramente mediante la enseñanza que recibida tradicionalmente de unos en otros ilustraba su razon, y los instruia en quanto era necesario para salvarse en la natural Ley. En la sucesion de los tiempos el Señor monstrándose mas misericordioso con nosotros, habló á su Siervo Moyses, le entregó las Tablas de la Ley, y lo ilustró para que diese á el Pueblo el Código por el que se dá á conocer con el nombre de escrita. En la primera edad el Señor se complacia en la creencia de su exîstencia, y de quanto segun la infalible tradicion él habia revelado, recibia en todo lugar los sacrificios que le tributaban los que

le

le eran gratos si se lo ofrecian unas manos limpias, y un corazon puro. En la segunda edad era necesario añadir la fe explicita del Mesias, protestada por ceremonias determinadas, prescriptas en la ley, de las que muchas acompañaban los sacrificios que por manos de los Sacerdotes debian ofrecerse en el augusto templo de Jerusalen, lugar escogido y santificado al intento. Mas esto, dice Dios, no es lo último, lo mas perfecto de mi determinacion; he querido así preparar vuestros ánimos, y haceros dignos de que llegueis á confesarme, y adorarme como ninguna criatura podia jamas por sí misma hacerlo: llegará la plenitud de los tiempos, y enviando á mi Eterno, y consustancial Verbo él os hará manifiesto lo mas profundo, y admirable de mi saber; entonces con la confesion de mis verdades, y con la observancia de mis preceptos, me adorareis en espíritu y verdad. En esto consiste esencial y perfectamente nuestra sagrada Religion; por la

confesion de los misterios, y por la observancia de los mandamientos somos verdaderos christianos, verdaderos hijos de Dios; despreciar aquellas ó quebrantar estos, es miserabilísimamente perder nuestras almas, pues el que no cree perecerá eternamente (2). ¿Porque?

Porque como Dios nos ha hablado es indispensable á toda criatura oiga con la mayor veneracion su santa voz, y con la mayor certeza la crea. Si hermanos mios, os manifiesto esta verdad importantísima: Jesu-Christo que repetidas veces nos habló en favor de nuestra santa Religion no fue un puro hombre, si juntamente un verdadero Dios: nos lo acreditan las promesas hechas á cerca de su persona en las edades mas remotas, los anuncios en los tiempos cercanos á su venida, y los maravillosos acaecimientos, entre ellos no el de menor consideracion el que hoy celebramos, verificado con los demas en los dias de su nacimiento. Mas hablan con mas perceptible claridad

ridad sus sentencias. Son mas sabias mas acertadas, y mas profundas que la de todos los Filosofos: hágase muy en horabuena el cotejo entre las morales, y ¿acaso es alguna perfecta fuera de la de Christo Señor nuestro? No, no es hombre solo aquel que condena las operaciones de la concupicencia; aquel que reprueba para la perfeccion el goze de los mas inocentes placeres; aquel que sin haber oido á los sabios, sin haberse versado con los dotos, pierde los dictámenes, y confunde con una sensillez la mas cándida á los Maestros mas aventajados de la Synagoga. Registre una vez sola el ojo de qualquier hombre lo que llamamos santo Evangelio. ¡Que dulzura! ¡Que fuerza! Quan gustosamente queda convencido todo entendimiento en la verdad de su contenido aunque no alcanze sus misterios: mas es indispensable suceda esto, de lo contrario la inteleccion de Dios sería igual con la nuestra. ¿Podia darse mas absurdo error?

Sigamos dulce, y gratamente la misma senda. Jesu-Christo nos ha hablado. ¿Quien es este Señor? Ninguna criatura ha tenido enemigos mas declarados, contrarios mas opuestos, ni emulos mas criminales; pues ninguna de sus acciones nos acuerdan viciosas, ni hecho alguno reprehensible. Es verdad. Fue acusado alguna vez como embustero, ambicioso, seductor, y blasfemo. ¡Que cargos tan injustos! ¡Que falsedad de testimonios tan manifiesta! No ha abierto este Señor su boca, y el Juez á quien no sobornó el interes, y á quien no cegaba la pasion declara abiertamente con reiteracion su inocencia. En los mismos sucesos trágicos y funestos que anteceden á la muerte que sufre como hombre, y como Redentor de los hombres. ¡Quantos testimonios podia exhibir de que el Señor entonces mas claramente que nunca se nos monstró Dios! Mas ¿qual fue el pecado de este varon de dolores? Este es el testimonio de sus hechos.

¡Oh

¡Oh que gloriosos son todos! No miran mas que el bien de los hombres, bien dispensado á costa de inumerables milagros los mas públicos, los mas solemnes, los mas de raros; milagros en todo órden, y tales condiciones que *a sæculo non est auditum* (3). Jamas se habian obrado tales maravillas. Los elementos se le sujetan, las enfermedades ceden, la naturaleza le sirve, sus enemigos le respetan, los Demonios le obedecen. ¿Son estos solos los testimonios de la verdad de nuestra Religion? No: la Divinidad de su Autor es la principal prueba de su autenticidad; pero la participacion del espíritu del Señor en sus hijos de quienes el mismo Christo dixo, *majora horum facient* (4) obraran mayores portentos; aunque me estreche demasiadamente la limitacion del tiempo, habré de indicarla como prueba poderosísima, en cuya atenta consideracion mi alma al Señor con David dice, *testimonia tua credibilia facta sunt nimis* (5). Son los testimonios vues-

tros ¡Dios mio! demasiadamente dignos de nuestra credibilidad. Tambien lo direis vosotros al ver quan terminantemente por ella nos habla Dios. Veamosla primeramente en los Santos Apóstoles. ¡Que asombro! ¡Que admiracion! Unos hombres pobres, viles, y despreciables, y contentibles hasta lo sumo. ¿Que hicieron? Si yo empezase á hablar ahora; pero lo diré en una sola proposicion. Convirtieron al mundo. *A Domino factum est istud* (6). No otro que Dios es quien esto dispuso. La participacion del espíritu de nuestro Señor Jesu-Christo en los Santos Mártires. ¡Que testimonio tan convincente el hecho de cada uno. ¿El de tantos, de todas edades, sexôs, y condiciones? ¡Es posible sea tan universal, y tan durable una preocupacion que nos despoja violentamente del mas apreciable bien que conocemos en el órden de la naturaleza! *Digitus est hic* (7). Efecto es esto de la particular disposicion del Señor. Esta participacion gloriosa la

en-

encontramos en los Santos Doctores, ellos han escrito en distintos tiempos, en diversas Iglesias, muchos no han podido leer los dictámenes de los otros; en los puntos de creencia todos estan acordes. Los sabios en todo tiempo se han lisongeado en hacer distinta de la de otros su doctrina; en nuestra santa Religion todos hacen especial gloria de seguir sin alteracion una misma enseñanza; señal de que ellos no nos hablan, si por ellos Dios. La participacion del espíritu del Señor se continua, y permanece aun entre nosotros mediante el empeño de muchos de sus hijos que siguiendo las huellas del Señor manifiestan en sus operaciones la imágen del divino Crucificado. Y ¿por estos no nos habla Dios? Este último argumento aunque convence á los irreligionarios es mas propio para confundir á los que profesores de una Ley Santa, no queremos ser juntamente executores de ella.

SE-

## SEGUNDA PARTE.

ASI improvisamente paso á hablar de la santidad de la Religion callando mil poderosísimas reflexîones, que en crédito suyo podia haber formado, porque como sé habré al Señor de dar cuenta de esta mi ocupacion, temia ser reprehensible en su severo y rectísimo tribunal, si contentandome solo con auyentar con mis voces á los lobos, no procuraba como buen Pastor traer con afan al seguro del redil las descarriadas obejuelas. Ademas el órden de justicia, y caridad con que debo mirar á mis hermanos, y á mis hijos, me obliga impida á el Demonio lleve adelante la óbra de nuestra perdicion, que quizas confirmaria si hablando solo de la verdad de nuestra Religion, no dixese alguno á cerca de su santidad; por lo mismo, aunque os lisongearía hablando de esta con relacion á su Autor, á sus preceptos, á sus sacramentos, á muchos de sus

miem-

miembros, os advierto que desde el principio solo me propuse hablar de la santidad que debe tener todo el que á ella pertenezca, si ha de adorar á el Señor como le es acepto, y á nosotros útil; si ha de conseguir en recompensa de esta adoracion el bien futuro que se nos promete.

No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reyno del Cielo (8), porque no todo el que tiene la fe de Christo, tiene su santo espíritu, y sin este no seremos sus coherederos aunque seamos sus hijos. *Filii autem regni ejicientur in tenebras exteriores* (9). Los hijos del Rey, herederos del Reyno serán arrojados á las regiones tenebrosas de los tormentos. ¿Quienes son estos sobre los que caerá tan lamentable, y tan terrible suerte? Estos son los christianos homicidas y adulteros, ladrones y blasfemos, avaros y maldicientes (10), vanos y presuntuosos, negligentes y perezosos. Estos son los mozos disolutos, y los

ancianos relaxados, los ricos ambiciosos, y los pobres soberbios, los jueces negligentes, y los subditos reveldes. Estos somos nosotros que tenemos nombre de vida, y dentro de nuestros cuerpos tenemos inconsiderada, y lastimosísimamente muertas á Dios nuestras almas (11). No, no tendremos parte en el Reyno santo de Dios (12). Nos lisongeamos vanamente con el nombre de christianos siendo solo unos vanos fantasmas de nuestra santa Religion, siendo la mofa, la burla, el escarnio de nuestra santa Religion. Si, estos somos porque lejos de conservar una vida inocente, lejos de abundar en virtudes como debe el verdadero christiano (13), abundamos solo en iniquidad. ¡Que error! Creerse fiel con aceptacion, y agrado del Señor, teniendo el corazon corrompido còn abominables vicios *hujus vana est Religio* (14). Del tal es vana, é inútil la Religion. Sentencia es del Espíritu Santo, y que nos la podemos apropiar sin la menor temeridad,

ridad, como tengamos un solo vicio. Como desearia yo tuviesemos el mas pleno conocimiento de estas verdades aunque terribles provechosas. Mas ¿quien no lo tiene despues que con tanta energía y claridad nos la predican los Santos Apóstoles.

Insistamos algun tanto en renovar á nuestra memoria su santa enseñanza. No, no es este lamentable eror menos antiguo que nuestra Evangélica Religion. Calvino que en estos últimos tiempos se empeñó en defender el mérito, y valor de la fe sin obras no hace mas que reproducir los dichos de Aecio, Eunomio, Valentino, y Simon Mago (15). Horrorizemonos mis amados hermanos al oir los nombres de estos falsos Apóstoles cuya doctrina no confiesa nuestro labio, pero obedece nuestra conducta. Horrorizemonos, y llenos de un santo asombro oigamos las expresiones del Señor Santiago (16). ¡Quan de fuego son sus palabras! ¿De que nos aprovecha la fe sin las obras que por ella se

nos prescriben? ¿Nos salvará acaso? El alma con esta fe está desnuda: ¿y de este modo podrá presentarse dignamente en el explendido convite del gran Padre de familias Dios? ¿La recibirá el celestial esposo á su lado, y como á amada la estrechará con cariño entre sus brazos? ¿Le dirigirá las tiernas expresiones que se nos relacionan en el libro sagrado de los Cantares? La fe sin obras está muerta, como muerto está el cuerpo á quien no ánima el espíritu. La fe sin obras es tan provechosa a nosotros, como el conocimiento que de Dios, y sus adorables perfeciones tienen los Demonios. ¿Pueden ser mas energicas sus expresiones? Oigamos á el Señor San Pablo, á quien los seductores sueñan tener por maestro de su decir. Ni el don de lenguas, ni el conocimiento de los misterios, ni la gracia de los milagros, indicios de la excelencia de la fe, nos aprovecha sin la caridad (17). Con la posesion de la fe en el mas excelente, y heroyco grado nada seremos

remos ante el Señor, como no la tengamos animada de la santa caridad, que es quien la hace fecunda en obras. ¿Puede enseñarse con mayor claridad la inutilidad de nuestra fe sin obras? Estan acordes el Señor San Pedro, el Señor San Juan, y el Señor San Judas (18). Posterior á esta divina enseñanza tenemos las amonestaciones de los Padres, y Doctores el Señor San Gregorio, San Agustin, el Padre San Isidoro, San Fulgencio, y San Bernardo (20): aseguran todos la necesidad del buen obrar para el mérito de nuestra fe. Es una con la de estos Santos Doctores la voz de los demas que enseña la inutilidad de nuestra creencia sin obras.

Y en verdad, mis amados hermanos, una ventaja sola nos proporciona nuestra esteril fe. ¿Qual es esta? ¡Ah! un juicio mas severo, y un castigo mas atroz que el de el resto de los hombres, *Tyro, et Sydoni remisius erit in die judicii, quam vobis* (20). Los hijos de Tyro, y Sidon

don serán tratados con menos rigor que vosotros en el dia del juicio. ¡Oh quanta será entonces nuesta desesperacion, y nuestra rabia! ¡Con quantas veras aborreceremos, detestaremos entonces la preocupacion que ahora amamos! Contra nosotros mismos nos enfureceremos, y por felicidad incomparable tendriamos poder acabar con nuestros cuerpos, y nuestras almas. Pero no habrá remedio. El castigo será atrocísimo, los tormentos crueles, y nuestra infelicidad eterna.

Dios mio amabilísimo que todo sois bondad y misericordia. Padre, Señor, y Dios nuestro, que en el dia tan liberal anduvisteis con los Arabes, y Etiopes; tened á bien que la instruccion que os habeis dignado poner en la boca de vuestro Siervo, no se nos recuerde entonces para nuestra mayor confusion y juicio: ella sin duda en la manifestacion de la primera verdad, es mas clara que los rayos de la estrella, en la ostension de la segunda nos

debe

debe ser tan eficaz como la particular inspiracion que recibieron aquellos justos hombres: dadnos pues á todos un corazon docil para que tributandoos el homenage de nuestros entendimientos en la confesion de las verdades, ofrezcamos tambien el sacrificio de nuestra voluntad en la observancia de vuestros divinos mandamientos. Así imitaremos á los sabios Magos: emularemos con perfecion su pronta su fecunda creencia: así, Señor, os adoraremos en espíritu, y verdad mientras vivimos. Y ¿quien duda conseguiremos así reverenciaros, y alabaros llenos de felicidad despues de la muerte en vuestra santa Gloria.

Esto es lo que á todos deseo en el nombre del PADRE, DEL HIJO, Y DEL ESPIRITU SANTO; á quien sea dada todo honor, y alabanza por los siglos de los siglos. Amen.

(1) Alapide Com. in hunc locum, et Cattajena hom. in hunc festum.

(2) Marc. cap. 16. v. 16.

(3) D. Joann. in Evang. cap. 9. v. 33.

(4) D. Joann. in Evang. cap. 14. v. 12.

(5) Ps. 92. v. 5.

(6) Ps. 117. v. 33.

(7) Ex 8. v. 10.

(8) D. Mat. cap. 9. v. 21.

(9) D. Mat. cap. 8. v. 12.

(10) D. Paul. 1. ad Corint. cap. 5. á v. 9.

(11) D. Joann. in sua Apoc. cap. 3. v. 1.

(12) D. Paul. ubi supra.

(13) Lact. firm. lib. 4. cap. 28. et lib. 6. cap. 2.

(14) D. Jac. in sua ep. cap. 1. v. 26.

(15) S. Iren. lib. 1. cap. 20. Theod. lib. Hœret. fab. et D. Aug. lib. de hæres. cap. 54. D. Hier. etiam lib. 2. contra Jovinian.

(16) D. Jac. in sua ep. cap. 2. á v. 14. usque ad finem.

(17) D. Paul. 1. ad Corint. cap. 13. v. 2.

(18) Como todas las Epistolas de es-

tos

los Santos Apóstoles forman argumento sobre lo indispensable de la virtud á consequencia de nuestra profesion, por esó en su favor los cita el autor. Es observacion, y enseñanza del Padre San Agustin lib. 1. de fide cap. 14. et 15.

(19) D. Greg. hom. 29. in Evang. D. Ag. lib. 10. de caritate. D. Isid. lib. de diff. spir. in 30. D. Fulg. lib. 2. de rem. pecat. cap. 1. et D. Bern. serm. 24, et 51. in cantica.

(21) D. Mat. cap. 11. v. 22.